

PHILOSOPHY AND HISTORICAL SUBJECT IN JOSÉ ENGIEROS'WORK: CONTRADICTIONS AND RESULTS

Resumen

Este artículo realiza una reflexión de tipo cualitativo sobre el tratamiento filosófico dado por José Ingenieros a cuestiones referentes a la relación sujeto-objeto y teoría-práctica, así como a los vínculos de sus soluciones sobre estos temas con la interesante problemática del sujeto histórico, las vanguardias, el papel de los intelectuales y de la política en el desarrollo social. Para cumplir este objetivo, se plantean las distintas etapas en las que Ingenieros desarrolló sus planteamientos, su importancia en su obra global y sus implicaciones para la metodología encargada de investigar las funciones del positivismo y de la filosofía en general en el pensamiento latinoamericano.

Palabras Clave

Filosofía, sujeto histórico, José Ingenieros.

Abstract

This article offers a reflection of qualitative type of José Ingenieros 'philosophical approach on questions related to the subject-object and theory-practice relationship, as well as his solutions on these topics related to the interesting issue of the historical subject, the vanguards, the role of intellectuals and politics in social development. In order to fulfill this objective, the article presents the different stages in which Ingenieros dealt with this subject, its importance in its comprehensive work and its implications for the methodology to research on the functions of positivism and general philosophy in Latin American thought.

Key words

Philosophy, historical subject, José Ingenieros.

Referencia: Morales Brito, J. (2017). Filosofía y sujeto histórico en la obra de José Ingenieros: contradicciones y resultados. *Cultura Latinoamericana. Revista de Estudios Interculturales*. 26(2), pp. 104-133. DOI:10.14718/CulturaLatinoam.2017.26.2.5

FILOSOFÍA Y SUJETO HISTÓRICO EN LA OBRA DE JOSÉ INGENIEROS: CONTRADICCIONES Y RESULTADOS

Jorge Morales Brito*

Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas

DOI:10.14718/CulturaLatinoam.2017.26.2.5

Introducción

La filosofía no se reduce a la mera construcción de grandes sistemas teóricos, ello no impide que se mantengan los estereotipos y frases hechas sobre la producción teórica de Ingenieros, en especial sobre el papel que cumplieron sus ideas filosóficas en el conjunto de su obra.

Para realizar un adecuado trabajo crítico sobre este asunto, la búsqueda de una cosmovisión abstracta, como conjunto de posiciones sobre problemas generales, no puede ser el objeto absoluto de las indagaciones, sino apenas uno de sus momentos. En realidad, el estudio debe dirigirse a la búsqueda de la sustancia social, es decir, al descubrimiento de la problemática universal del pensamiento, en la cual la filosofía cumplió un papel que debería ser aclarado.

A la necesidad de combatir estereotipos metodológicos se suman la interesante ambigüedad y el antagonismo presentes en el esquema teórico de José Ingenieros, el cual se vio desgarrado por los cambios de posiciones políticas y conceptuales, variaciones que lo acercaron a lo que uno de sus críticos llamó «travestismo

* Doctor en Ciencias Filosóficas de la UCLV. Jefe del Departamento de Filosofía de la UCLV (2016). Profesor de Historia de la Filosofía y Pensamiento Filosófico Contemporáneo en la Universidad Central «Marta Abreu» de las Villas (UCLV). Autor de varios artículos y publicaciones sobre el pensamiento positivista en Latinoamérica, en especial ha estado interesado en la obra del médico y filósofo argentino José Ingenieros. Entre sus últimos trabajos publicados se destacan: Positivismo, clase media y pensamiento revolucionario: notas para un debate actual a partir de José Ingenieros (2016-2017, noviembre-junio). *Revista Cubana de Filosofía. Edición Digital*, (29). Recuperado de <http://revista.filosofia.cu/articulo.php?id=684>. Recepción y transformación de las ideas socialistas y marxistas en Latinoamérica: la obra de José Ingenieros (2013). En: C. Valqui Cachi, M. Rojas Gómez & H. Bazán Zurita (Coord.). *El pensamiento crítico de nuestra América y los desafíos del siglo XXI* (pp. 319-330), 1 t. México: Ediciones Gráficas Eón. Contacto: jmbrito@uclv.cu. El presente artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la UCLV.



doctrinario» (Rossi, 1999). Esta peculiaridad eleva el interés del investigador, para quien se hace difícil pero atrayente la necesidad de explicar la raíz de tantas oscilaciones.

Como dificultad adicional, hay perspectivas que pretenden identificar al pensamiento de Ingenieros con su discurso. Ya sea como maestro de juventudes o como mecenas de la cultura argentina, es lugar común olvidar que grandes autores dentro del acervo latinoamericano ajustaron cuentas y definieron su distancia de madurez con respecto a Ingenieros. Se trata de autores que superaron la forma teórica que caracterizó al pensador argentino a la hora de tratar exigencias prácticas de su momento histórico¹.

En el otro extremo del referéndum descriptivo se encuentra el análisis sobre el pensador racista, positivista e idealista que fue, sin dudas, Ingenieros. Tal parece que existen muchos José Ingenieros. Como era de esperar, ello provoca no pocos enfrentamientos entre las posturas que han intentado comprender su pensamiento. Oscar Terán (1979), reconocido por su trayectoria en el análisis del pensamiento en Argentina, sintetiza las líneas fundamentales de desarrollo que considera como «invariantes» o tendencias de Ingenieros. La primera de ellas es el «crecimiento de la noción de *ideals*», mientras que «el papel rector adjudicado a las minorías» (p. 70) sería otra inclinación que recibe impulso en su obra. Por su parte, Alejandro Korn (citado por Rossi, 1999) señala que José Ingenieros nunca abandonó realmente el materialismo científico. Desde otra visión, Carmen Barandela Alonso (1995) ha señalado que en su doctrina ética el pensador argentino se inclina por concepciones idealistas; mientras que, en análisis más recientes, Pablo Guadarrama (2008) sitúa a Ingenieros como defensor de un «utopismo concreto, humanista y desalienador, alejado tanto del idealismo como de ciertos reduccionismos y simplificaciones materialistas» (p. 56).

Dentro de la madeja de acercamientos permanece la incógnita de si se trata de un esquema con similares niveles de concreción en todas sus expresiones o si, por el contrario, es necesario diferenciar el alcance de sus trabajos en distintas especialidades, como la psicología, la psiquiatría, la teoría política o la filosofía. Barandela Alonso (1995),

1. Julio Antonio Mella, Raúl Roa y Aníbal Ponce son ejemplos de autores influidos que luego se distanciaron de Ingenieros, considerándolo una inspiración de juventud que precisó ser superada. Ponce es el menos crítico de los citados, ya que no se cuestiona directamente las limitantes de Ingenieros, aunque su propia obra va mucho más allá de su influencia. Mella y Roa son más explícitos al realizar una crítica a posiciones que se desprenden de la obra de Ingenieros como el juvenilismo o la exaltación de los intelectuales como sujeto histórico contrapuesto a las mayorías populares.



autora de una de las escasas tesis doctorales realizadas en Cuba sobre el tema, asumió que la filosofía de Ingenieros fue el resultado de la integración y sistematización del cuadro científico-natural de su época, cuyas fuentes más cercanas fueron F. Ameghino, W. Haeckel y F. Le Dantec (Barandela Alonso, 1995, p. 9). Este punto de vista había sido enunciado por Aníbal Ponce (1957), conocido colaborador y discípulo de Ingenieros, quien resaltaba que el proyecto de crear una filosofía científica era el fruto de una preocupación constante del autor de *El hombre mediocre* por lograr un enfoque sobre la totalidad, como resultado de una síntesis de sus investigaciones diversas.

Dicho punto de partida, que comparten Ponce (1957) y Barandela (1995), asume que la relación ciencia-filosofía en el positivismo se establece como un vínculo causa-efecto, de forma tal que el desempeño de las ciencias particulares origina la necesidad de *generalizar, jerarquizar y sintetizar* los conocimientos ya logrados, sobre todo en cuanto a sus hipótesis esenciales. Se repite la idea, comúnmente aceptada, de que el positivismo se desprende de las necesidades de la producción científica del siglo XIX.

Una postura diferente es defendida por el investigador argentino Alejandro Rossi, quien aclara que la filosofía de autores como Carlos Octavio Bunge o Ingenieros no se origina en la propia práctica científica, sino en una especulación filosófica previa. Rossi (1999) concluye que se trata de una «concepción filosófica derivada del spencerismo [...] con una manifiesta voluntad de crear un sistema totalizador». Esta postura, más allá de necesarias correcciones con respecto a si se trata de una filosofía con raíces únicamente spencerianas, reconoce que el esquema filosófico positivista se presenta a sí mismo como una síntesis de la ciencia, pero su movimiento objetivo no siempre coincide con este criterio.

En este punto es necesario utilizar perspectivas que faciliten el camino hacia *lo concreto*. Aquí se entiende por *concreto* la valoración de la teoría *desde* y más allá del discurso, en su estudio como una de las tantas metamorfosis sufridas por el ser social, en este caso por sus expresiones ideales. Si estas últimas alcanzan su objetividad en vínculo con la práctica, se impone valorarlas pasando de sus mediaciones espirituales a la síntesis de sus determinaciones sociales. El método de ascensión de lo abstracto a lo concreto permite esclarecer el salto, conexión y movimiento entre las categorías, proceso que tiene la potencialidad de conducir al descubrimiento de aquellas concepciones cultas o conceptos con que en un autor sintetiza la actividad histórica de toda una época. Este trabajo, para consolidarse, debe descubrir los



cambios objetivos que provocan y explican las transformaciones en el pensamiento. Sin el análisis de su *ser otro* en la práctica, el estudio de la teoría se torna escolástico.

Precisamente, lo que está en *déficit* en las perspectivas que se han acercado a la obra de Ingenieros es la consideración de la cultura, en sus componentes espirituales, como producción de conciencia determinada por las posiciones objetivas que enfrentan a los grandes grupos humanos en la sociedad. Las deformaciones al interpretar los resultados y características de la ciencia, que no pocos autores le señalan al positivismo, son la expresión visible de un problema más profundo: la inserción de cada obra teórica dentro del sistema de la producción espiritual hegemónico o en vías de consolidación como industria dominante. Pero el análisis tradicional, al considerar las corrientes de pensamiento como universales que se autodesarrollan, resulta incompleto.

Analizar los vínculos entre el pensamiento político y la filosofía, por las implicaciones del primero en la actividad práctica, resulta importante para quebrar el peligro de idealismo metodológico. Si bien no se trata de la única vía para acceder al contenido social de la teoría, existe considerable resistencia por parte de las autoridades académicas cuando se pretende juzgar a un autor por el vínculo con sus «mundanas» ideas políticas. Se identifica con un pecado grave el tratar la importancia de su actividad social no como si partiera de un simple individuo, genio creador o como representante de una corriente teórica, sino como fundamentación de posturas que caracterizaron a un grupo social en el despliegue de sus intereses globales. En otras palabras, queda misteriosamente condenado, por supuesto pecado de reduccionismo, el análisis del pensamiento desde el punto de vista de la conciencia de clase, como si esta última ya no fuese un momento importante en la producción espiritual.

Puede hablarse de reduccionismo cuando la obra de un pensador se intenta encerrar en su expresión política, caso en el que se estaría cometiendo un reduccionismo ideológico. Por otra parte, la pretensión de hacer estudios en el «más allá» de una teoría despolitizada, que en muchos sentidos implica defender la concepción de una teoría des-socializada, resulta otra forma de reduccionismo, muy acorde con la pretensión weberiana de construir una ciencia neutral, por encima de condicionamientos terrenales. De lo que se trata es de encontrar la lógica real del objeto sin forzar sus implicaciones histórico-concretas.

Por otro lado, si de valoraciones se trata, la tentación de ponderar virtudes y defectos puede resultar irresistible si no se impone el



principio de que el centro de una investigación no radica en utilizar una balanza en la que se equilibren lo positivo y lo negativo (Marx, 1979). Existen inclinaciones diversas en cada teoría, pero no basta con describir y ponderar la cualidad de lo diverso, se necesita encontrar lo determinante, aun si no ha sido concientizado por su propio autor.

En el caso del autor que nos interesa estudiar, si algo llama la atención en su pensamiento es su esfuerzo continuado por profundizar en el vínculo entre sus producciones teóricas y los problemas políticos y sociales. En este punto, en contra de sus períodos de elitismo, Ingenieros se propuso ser un intelectual comprometido, intención que entra en conflicto con los aparentes espacios «des-politizados» de su obra.

El enfoque presentado en este trabajo apunta a que el problema universal del esquema teórico desarrollado por Ingenieros se encuentra en su tratamiento a la denominada «cuestión social». Esta cuestión, con sucesivas mutaciones, va a expresar su intento por interpretar y en algunos momentos solucionar el carácter antagónico del proyecto histórico de la burguesía argentina y latinoamericana, encaminado a construir unidades nacionales y regionales bajo el supuesto de intereses comunes, existentes o por construir.

A tono con ello es posible demostrar que la dimensión política es determinante a la hora de explicar la trayectoria de Ingenieros. Esta determinación no elimina los condicionamientos lógicos internos que mueven su teoría: dígase la hegemonía positivista o la posterior reacción espiritualista, pero las grandes contradicciones político-sociales que se expresan también como choque entre proyectos culturales explican con mayor claridad el paso de Ingenieros por cuestiones como la relación teoría-práctica, individuo-sociedad, filosofía-experiencia.

Hay que partir del hecho de que la fundamentación teórica de la revolución y la necesidad de contribuir intelectualmente a la organización política del movimiento obrero argentino caracterizaron la primera etapa de su pensamiento. En períodos posteriores este esquema adoptó otras manifestaciones formales, pero sin perder su raíz en los antagonismos que recorrieron la lucha por imponer proyectos de nación y de emancipación regional.

Por otro lado, el intento de Ingenieros de unir teorías contrarias, peculiaridad constante de su pensamiento, es inexplicable si se responsabiliza de ello al simple matiz ecuménico de su carácter o si se asume como condicionamiento esencial la aparición de la figura del intelectual diletante, humanista o totalizador que era común en el período.

Tampoco resulta suficiente explicar la peculiaridad «unificadora» de Ingenieros a partir de la diversidad de registros o concepciones del



positivismo, las sugerencias aportadas por las ciencias particulares o por los cambios de corrientes filosóficas en general. La postura mediadora de este autor, tendencia unificadora que buscó el equilibrio entre tesis y concepciones antagónicas, se produce gracias al estado de equilibrio relativo entre proyectos de organización social y a la correlación de fuerzas políticas que se iban estableciendo en su país y en el mundo. En otras palabras, la hegemonía de corrientes de pensamiento no debe presentarse como el principio absoluto, sino como el instrumento para cumplir objetivos sociales. Las simbiosis y adaptaciones sufridas por la teoría son medios al servicio de la totalidad cultural que las produce.

Un segundo elemento probatorio sobre la centralidad del problema político en la obra de Ingenieros está en el hecho de que los principales cambios de su teoría y sus profundos virajes conceptuales son generados por su conexión con procesos de gran contenido y alcance en cuanto a las relaciones de poder, emancipación y subordinación. El fracaso finisecular de las rebeliones obreras en Argentina inclina a Ingenieros hacia el cientificismo más profundo de su etapa de investigación psiquiátrica y sociológica. Previo a este revés del movimiento político revolucionario, las concepciones economicistas, evolucionistas y socialdarwinistas estaban insertadas en el cuerpo de su teoría, pero limitadas por su subordinación a las ideas anarquistas, socialistas y marxistas. De la misma manera, los impactos culturales y políticos del radicalismo y del socialismo reformista inclinaron a Ingenieros a fundamentar la existencia de un abstracto proceso de evolución natural, que a su entender resolvería la crisis económica, de gobernabilidad y de desarrollo en su país.

Siempre traducida al plano teórico, en el que las características del positivismo y de la Filosofía de la Vida jugaron su papel, la cuestión de determinar quién sería el sujeto para organizar el progreso social revela su presencia continua en toda la obra de Ingenieros. Son muy escasos sus textos sin conexiones declaradas o implícitas con las contradicciones políticas. En sus análisis gnoseológicos, sociológicos y éticos, como fueron sus estudios sobre la evolución sociológica argentina, sobre el Código de Ley del Trabajo o sobre la moral, Ingenieros buscó salidas a la práctica. Muy por encima de los procesos de institucionalización científica y de profesionalización cultural, que también marcaron sus intereses, la actividad política le impactó de manera determinante.

En este sentido, los problemas esenciales dentro de la lógica del pensamiento de Ingenieros deben analizarse por su respuesta a *la crisis*



del proyecto liberal y de los sujetos que la protagonizaron. A tono con ello, las dificultades de dichos sujetos políticos reales para concretar sus intereses en proyectos hegemónicos, las luchas entre los distintos sectores de la burguesía y el proletariado argentino, el papel de los intelectuales en esta dinámica compleja y multifacética que es imposible agotar en el término «modernización» provocaron que en el plano teórico la obra de Ingenieros se viese atravesada por el intento de sintetizar, en un esquema único, tesis y concepciones que correspondían a formas de pensamiento enfrentadas conceptual e ideológicamente.

Lo más interesante, en su caso, es que lo que resultaba ser una contradicción entre ideas dispersas, tomadas de distintas fuentes en las primeras etapas, se va perfilando como conflicto entre el desarrollo de su esquema filosófico y la riqueza de su pensamiento político. Las causas y consecuencias de este fenómeno en el que se enfrentaron expresiones de su obra son el objeto del presente trabajo.

1. Problemas sociales y etapas de la respuesta teórica

Los intentos de crear una teoría política capaz de superar la crisis finisecular del liberalismo, el esfuerzo posterior de fundar la sociología argentina con peculiaridades de intervención médica, al estilo de un tratamiento preventivo o curativo para organismos sociales; más tarde, la creación de una trilogía ético-moral con carácter normativo para revolver problemas y encauzar tendencias de la humanidad, se ven condicionados por las características de la producción cultural en la región.

Si bien es cierto que la obra de Ingenieros expresa la hegemonía del positivismo y del idealismo posterior, es necesario preguntarse sobre la función global de estas posturas y sobre sus consecuencias con respecto a la formación teórica de las fuerzas sociales en pugna, aspecto que influye en el resultado práctico de dichos enfrentamientos.

Para hallar dicho impacto hay que analizar el condicionamiento universal del problema que estas teorías intentan traducir al plano del pensamiento. Este condicionamiento nace de la situación del país para fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Argentina, como nación adelantada en Latinoamérica en el tránsito de la estructura agraria y feudal a la economía agroexportadora, dirigida aún por la típica oligarquía terrateniente pero ya encaminada a satisfacer las necesidades del capital foráneo (Rock citado por Terán, 1979), incentiva la afluencia de grandes masas de migrantes que, más allá de la imagen



idílica elaborada por Sarmiento y Alberdi, en su mayoría procedían de los sectores populares superacumulados en sus países de origen². Atraídas por la incipiente industrialización, estas masas portaban una definida conciencia sindical y política que impulsa tempranos esbozos de organización y difusión de ideologías revolucionarias. Dichas ideologías y sus referentes organizativos, que respondían a la situación de los trabajadores ya formados en el contexto europeo, representaban un problema creciente para la oligarquía criolla. Las condiciones de trabajo aplicadas por propietarios, terratenientes y empresarios argentinos a los migrantes aumenta la celeridad con que se radicaliza la conciencia de clase de los sectores populares en el país³.

Para la década de los años noventa del siglo XIX el nivel de organización del movimiento obrero argentino, especialmente sus capacidades de movilización y de enfrentamiento a las patronales, crece a ritmo acelerado. La primera década del siglo XX, lejos de ceder en niveles de movilización popular, aumenta su magnitud y complejidad⁴.

No es gratuita ni desmesurada la reacción del grupo gobernante al responder con un conjunto de leyes coercitivas, estados de sitio y represiones masivas contra la hiperactividad del movimiento obrero, ya que este amenazaba al mismo modelo agroexportador necesitado de las inversiones extranjeras. Panorama complejo cercano a convertirse en verdadera sublevación popular, cuyos resultados no llegaron a concretarse por la intervención de estrategias de contención política y de desarme ideológico lideradas por la oligarquía. Los que fueron objeto de estos mecanismos de control van desde el propio movimiento obrero en general, pasando por líderes e intelectuales destacados del período, hasta llegar a las llamadas «clases medias».

2. Sobre la composición del migrante que reestructuró la sociedad argentina y Latinoamericana para fines del siglo XIX, señala Alba (1964): «De 1850 a 1950 inmigraron a América Latina 17 millones de personas [...]. Procedían de Italia (seis millones), Alemania (dos millones), España (cuatro millones), Portugal (1 millón)» (p. 17).

3. En cuanto a las condiciones de trabajo, señala Oddone (citado por Alba, 1964): «A finales de siglo XIX la jornada de trabajo es de 10 horas, pero un treinta por ciento de los trabajadores cumplen jornadas de 11 y hasta 14 horas, mientras que solo un cuatro por ciento goza de la de 8 horas» (p. 340). La falta de derechos de los trabajadores revela su profundidad al ser la causa de sucesivos estallidos sociales como el de la «huelga de domésticos» de 1881: «El conflicto se debía a la decisión de la municipalidad de establecer una ordenanza [...] que establecía que los patrones tenían no solamente el derecho sino la obligación de expresar en una libreta cuál había sido la conducta de sus sirvientes [...]; la ordenanza prácticamente condenaba a los trabajadores a una dependencia total respecto a sus patrones y a la imposibilidad de continuar trabajando en caso de ser despedidos o de no contar con el certificado de “buena conducta”» (Poy, 2010, pp. 25-26).

4. La primera huelga con objetivos sindicales había ocurrido en 1878, poco después la presión patronal hace que sus impulsores abandonen los acuerdos conquistados. Durante la década de los años noventa la situación es muy distinta, como apunta Alba (1964): si en 1894 hubo 9 huelgas, estas crecieron hasta 19 en 1895 y llegaron a 26 en 1896 (p. 341).



Un factor que explica el éxito de dichos mecanismos de contención es la debilidad organizativa e ideológica que en temas vitales demostraron las fuerzas populares. A pesar del carácter masivo que alcanza el movimiento obrero, los problemas relacionados con su unidad y su organización afectan las posibilidades de las masas sindicalizadas para convertirse en sujeto rector de cambios revolucionarios⁵. Sobre todo, la problemática en torno a la utilidad de los partidos, el tema de la participación en las instituciones democráticas, así como la cuestión sobre el papel específico del partido socialista en el movimiento obrero, provocaron desencuentros sistemáticos entre los socialistas, los sindicalistas y los anarquistas⁶.

En este contexto los socialistas adoptaron el reformismo como estrategia, con la cual intentaban representar los intereses obreros *desde arriba*. Sin embargo, esta postura no fue capaz de desplazar ni de eliminar las limitaciones y las divisiones entre las corrientes sindicalistas y anarquistas. Por otro lado, la opción reformadora contribuyó a que el partido socialista no lograra el objetivo de convertirse en la vanguardia efectiva del movimiento obrero en Argentina, ya que lo distanció de importantes sectores dentro de los sindicatos y lo condujo a posturas de relativa neutralidad ante estallidos de rebelión popular⁷.

A pesar de sus confusiones y sectarismos, el ascenso del movimiento huelguístico se convirtió en una amenaza para la clase gobernante. Ante el peligro de radicalización revolucionaria que se avecinaba, el reformismo demostró sus verdaderas potencialidades como opción

5. En 1901 se había creado la Federación Obrera Regional Argentina (fora) que reunía a anarquistas y socialistas, pero las resoluciones tomadas por el segundo congreso de la fora provocan la salida de los socialistas de esta organización y el surgimiento, en 1903, de la Unión General de Trabajadores (ugt). Dentro de la propia ugt se produjeron divisiones entre la corriente sindicalista y socialista, lo que llevará a nuevas rupturas y a nuevas organizaciones.

6. En 1903, la ugt liderada por los socialistas juzga que la huelga puede ser útil en cuestiones que afecten directamente al pueblo y como acto de resistencia, pero condena su despliegue por vías violentas o revueltas. La ugt también le recomendaba a los obreros que, con independencia de la lucha general de sus organizaciones, dieran su voto a los partidos que tuviesen en sus programas reformas que pudiesen favorecer los intereses populares. Por su parte, la corriente sindicalista, centrada en la huelga como método de lucha, durante el congreso de la ugt en 1905 resolvía aceptar la representación parlamentaria, pero otorgándole un papel secundario, en la medida que ella no podía atribuirse nunca la dirección del movimiento obrero (Alba, 1964, p. 352).

7. Por solo citar un ejemplo: Durante el año 1921, en «el territorio de Santa Cruz los obreros rurales se habían declarado en huelga, ocupando algunas estancias. Un teniente coronel del ejército al mando de dos regimientos de caballería pone a todo el territorio en pie de guerra, dicta una resolución por la cual se fusilaría sin formalidad alguna a toda persona que portase armas, y dirige la represión más brutal que pueda imaginarse. Cientos de obreros fueron detenidos, apaleados y reclusos en dantescos depósitos. De ellos se escogía a quienes señalaban los representantes de las empresas y se los llevaban al campo para fusilarlos. A algunos se les hacía cavar su propia fosa y luego incineraban los cadáveres» (Luna citado por Peña, 1971, p. 11). Este tipo de enfrentamientos dividió con frecuencia a los partidos obreros, sobre todo al Partido Socialista que para el momento había apostado por la reforma al Gobierno como estrategia fundamental.



principal del proyecto liberal para encontrar salidas ideológicas a la crisis. La élite gobernante se venía planteando la necesidad de apoyar la opción reformista, a la que visualizaban como el mejor camino para contener el ascenso de las protestas obreras⁸. Este cambio estratégico, que se materializa en 1912 con la aprobación de la Ley Sáez Peña, constituye la opción política que durante las primeras décadas del siglo XX va ganando mayor espacio en el panorama social argentino. La democratización del poder político y el ideal de un país dirigido por un proyecto de clase media se tornan hegemónicos.

El tema de las conexiones entre los intereses de la llamada clase media, el proletariado y la élite gobernante ha sido analizado por una amplia bibliografía⁹. Germani (2010), por ejemplo, sostiene que la alta movilidad y el carácter «abierto» de la sociedad argentina han «desalentado la constitución de grandes movimientos populares de izquierda» (p. 306) en este país. Este autor considera que el socialismo no ha sido en Argentina una opción encaminada a cambiar la estructura social establecida. En su opinión, las organizaciones socialistas funcionaron como alternativas del electorado independiente del partido típico de las clases medias, asociado al radicalismo argentino y no como expresiones autónomas de la lucha política del proletariado (Germani, 2010).

El papel de la clase media en la vida política del país, sus condiciones de reproducción social, el desarrollo de sus perspectivas ideológicas fueron considerados por el pensamiento liberal, en especial por el positivismo, como fundamentos para sostener la concepción evolucionista del desarrollo gradual. El positivismo toma en cuenta la movilidad o acceso del proletariado a la condición de clase media y, al otorgarle un papel determinante, atenúa o coloca en un plano

8. Desde 1905 un ideólogo de la élite como Carlos Pellegrini (citado por Martínez, 1988) señalaba el peligro que suponía colocar a los sectores medios y a los obreros en una situación sin salida. «La apertura del sistema electoral –señala Martínez Díaz– parecía la maniobra que comprometía menos el futuro de las clases altas [...], opción también aguardada por los grupos extranjeros que invertían en la economía argentina» (p. 54.)

9. Este tema ha alcanzado el debate reciente, sobre todo durante la década de los años noventa del siglo XX, en la que el derrumbe del modelo eurosoviético inclinó a reflexionar sobre la posible desaparición del proletariado y el papel de la clase media en el capitalismo desarrollado. Las predicciones extremas en ese sentido no se han cumplido, ya que la polarización social ha tomado otros caminos. Por otro lado, la clase media en los países centrales se ve sujeta a frecuentes amenazas de proletarianización y a modalidades más sofisticadas de explotación. Entre los partidarios de la tesis de que la polarización burguesa-proletariado era un error del marxismo clásico, véase: Schaff (1994). *El marxismo a final de siglo*, pp. 72-76. Ante esta perspectiva, Atilio Borón (2003, pp. 34-35) ha apuntado que se trata de un tema deficitario del Manifiesto Comunista y no de la obra posterior de los clásicos, aunque reconoce que el papel de las clases medias en la estabilidad del capitalismo o, en etapas de crisis, en su radicalización reaccionaria, merece el interés del pensamiento marxista.

colateral las problemáticas de la desigualdad y de la lucha de clases. Es desde esta perspectiva que los positivistas defienden la supuesta existencia de un sujeto popular situado en condiciones de igualdad y poseedor de las mismas aspiraciones que caracterizan a la burguesía.

Mirando este enfoque con una perspectiva crítica, se descubre que el mencionado fenómeno de movilidad, que vinculó a sectores de la pequeña y mediana burguesía con el proletariado argentino, no elimina los antagonismos del modelo agroexportador. El proletariado siguió siendo la clase social mayoritaria en la estructura económica de la nación, sobre la que se concentran la explotación y los efectos más graves del capitalismo dependiente. La permanencia de la estructura desigual se refleja, incluso, en los estudios que hacen hincapié en el desarrollo de la clase media a partir del fortalecimiento de los grupos intelectuales, empleados públicos y funcionarios¹⁰.

La clase media existe, en efecto, como agrupación de sectores de la burguesía que no controlan el poder político ni participan del reparto fundamental de las riquezas, pero su unidad interna y su influencia sobre estratos del proletariado y sobre intelectuales del período no son simples resultados de la movilidad social. El proyecto de clase media establece una conexión ideológica que une, *formalmente*, en el terreno teórico, a las élites gobernantes con los núcleos dirigentes de sectores medios e inferiores. Más aún, esta imagen invertida de la realidad nacional, que promete para la mayoría lo que solo puede realizarse para pocos, permite que grupos progresistas e intelectuales se distancien de alternativas cercanas al movimiento obrero. Algunos de ellos intentan adaptar las aspiraciones populares a las tendencias ya conformadas por el liberalismo. Como apunta Martínez Díaz (1988), el radicalismo fue:

[...] en todos los sentidos, un fenómeno de extensión de las ideas liberales a capas sociales que, hasta comienzos del siglo XX estuvieron marginadas de los eventuales beneficios derivados de la aplicación de esta política. La mezcla de sus principios con los del republicanismo y el krausismo [...] conformaron una visión política reformista [...] teñida por una postura ética, reivindicadora de un regeneracionismo (p. 20)¹¹.

10. Los estudios sobre el peso de la clase media no ocultan que esta se desarrolla sobre todo en los sectores comerciales y de servicios, mientras se mantiene intacta la estructura desigual, encaminada a asegurar el flujo de ganancias y la concentración de la propiedad de una élite muy reducida. A medida que se consolida la economía agroexportadora «unas 2.000 personas poseían en Argentina tanta tierra como la superficie total de Italia, Bélgica, Holanda y Dinamarca juntas» (Rock citado por Terán, 1979, pp. 14-15).

11. Sobre la trayectoria del radicalismo en cuanto a los intereses del capital extranjero y el logro



Fue necesario abordar el complejo proceso de instauración de la opción política y cultural de la ambigua clase media en el panorama argentino porque desde dicha estrategia se va a sustentar la contradicción más universal del pensamiento de Ingenieros. Este último expresa, desde diferentes manifestaciones de la conciencia de su época, la gran disyuntiva que planteaba la sociedad argentina en tanto era un momento particular del desarrollo capitalista latinoamericano: aceptar las asimetrías y desigualdades de la sociedad burguesa, por demás dependiente de los centros de poder mundial, o intentar una ruptura que fundamentase las perspectivas abiertas por la actividad revolucionaria de las mayorías.

Esta disyuntiva pasa al pensamiento de Ingenieros como conflicto entre la filosofía y la teoría socialista, como choque entre el individualismo y la búsqueda de sujetos colectivos. La imposibilidad lógica y metodológica de Ingenieros para resolver la contradicción entre la teoría y la práctica tiene sus basamentos lógicos en su escaso contacto con las mejores vertientes del pensamiento dialéctico universal pero, sobre todo, estas debilidades expresan su incapacidad para superar el enfoque cultural y político de clase media. Dicho enfoque, como estrategia de control de la «conflictividad» revolucionaria, fue auspiciado por las élites, propagado por la clase media y reforzado por intelectuales que tenían considerable influencia en las fuerzas populares y en la conciencia de sus sectores dirigentes.

La imposibilidad de superar integralmente la teoría liberal tuvo en Ingenieros diversos momentos y expresiones. En gran medida, como muestra de su retorno sistemático a los extremos de un mismo diapason cultural, que fue de la radicalización elitista hasta la propuesta inclusiva de sectores mayoritarios o medios, su objetivo no logrado fue el de unir intereses sociales, perspectivas ideológicas y formas antagónicas de pensamiento.

En la medida en que la problemática política se mantuvo como centro que movilizaba su pensamiento, el propio carácter insoluble de este asunto se traduce en la incapacidad de Ingenieros para integrar sus referentes metodológicos. En la actividad histórica global estas perspectivas eran opuestas o discordantes. Su pensamiento, al no tomar en cuenta los componentes objetivos para la unidad o diversidad real, solo pudo crear la síntesis en el artificio, en la defor-

de cierta estabilidad política por diversas vías señala Gálvez: «la consecuencia más importante del obrerismo de Yrigoyen es el haber contenido la revolución social. Al comenzar su gobierno hay mar de fondo en los ambientes obreros. Yrigoyen detiene la revolución social que hubiera triunfado más tarde» (citado por Peña, 1973, p. 8).



mación de la perspectiva más débil o menos cercana a los intereses dominantes del momento. Esta contradicción no resuelta lo llevó al desarrollo de la abstracción para intentar la unidad deseada. Por este camino se define su interés en plantear la relación sujeto-objeto y teoría-praxis, cubriendo así desde mayor distancia cosmovisiva las cuestiones del poder, la emergencia de los sujetos históricos y la estabilidad del desarrollo social y cultural. Este proceso en torno a problemas no resueltos permite definir las siguientes etapas de su pensamiento:

Primera Etapa (1895-1899). Espacio formativo caracterizado por la hegemonía del pensamiento revolucionario de corte socialista, con elementos del marxismo y el anarquismo. En este momento el conflicto entre la teoría revolucionaria y los esquemas de corte filosófico, sociológico y político se manifiesta de manera fragmentada, como choque entre tesis sueltas del liberalismo y los componentes del anarquismo, el socialismo utópico y el marxismo.

Segunda Etapa (1900 a 1911). Espacio de profesionalización del pensamiento de Ingenieros, caracterizada por el dominio de las distintas vertientes del esquema positivista en sus especialidades médicas, psicológicas, psiquiátricas y filosóficas. A ello corresponde una gran identidad entre su teoría sociológica y el reformismo político.

En esta segunda etapa Ingenieros intenta crear un gran enfoque típicamente científicista, su socialismo se transforma totalmente en «socialismo positivo». En cuanto al pensamiento marxista y socialista, Ingenieros elimina sus aristas críticas y asume la deformación economicista conectada al revisionismo internacional. También pretende fundamentar la reforma universitaria, pero este intento demuestra las debilidades de su esquema para sintetizar posiciones diversas dentro de la propia trayectoria liberal: positivismo y antipositivismo, individualismo elitista y enfoques centrados en el papel de fuerzas colectivas e impersonales abren espacios de confusión en su obra cercanos al eclecticismo metodológico¹².

12. Las contradicciones del economicismo y del darwinismo social, por solo citar un ejemplo, impulsan a Ingenieros hacia espacios en los que se perfila una crisis de su concepción teórica sobre la sociedad y sobre el conocimiento, en la cual su determinismo no encuentra un elemento fundamental entre tantas variables, sino que declara una diversidad de factores y la necesidad de estudiarlos empíricamente. En «La evolución sociológica argentina», texto publicado en 1904 y luego incorporado a las ediciones de *Sociología argentina*, señala Ingenieros: «Las discusiones corrientes sobre la preeminencia de uno u otro factor [...] son ilegítimas. Mientras un grupo de una raza vive en un medio, sus variaciones dependen de las variaciones de éste; cuando [...] emigran a medios diferentes, varían para adaptarse a ellos; cuando grupos de varias razas se encuentran en un mismo medio, luchan por la vida y sobreviven por selección natural los más adaptados a sus condiciones» (Ingenieros, 1913a, pp. 12-13).



Se trata, además, de la etapa en la que las contradicciones que se presentan entre el positivismo y la reacción espiritualista, entre la opción reformista y el retorno a un proyecto más cercano al grupo oligárquico, generan una crisis parcial del esquema de Ingenieros. Dicha crisis, catalizada por su ruptura con el Gobierno argentino, incentiva el surgimiento de su esquema filosófico totalmente diferenciado que marcará sus textos definitivos. Entre 1910 y 1911 aparecen antecedentes importantes de este esquema con la publicación de las primeras ediciones de los *Principios de psicología*.

Tercera etapa (1912 a 1925). Consolidación y dominio del esquema filosófico dentro de la obra de Ingenieros. Este esquema, denominado por su autor como un «idealismo fundado en la experiencia», intenta integrar los elementos de los enfoques sociológico, médico y psiquiátrico. Al que se le suma la influencia de la filosofía de Nietzsche, del pragmatismo y del empiriocriticismo europeo.

La filosofía constituye, desde este momento, una nueva expresión de continuidad de las posturas asumidas por Ingenieros con respecto a las contradicciones entre el individuo y la sociedad, entre la teoría y la práctica, entre el sujeto y el objeto de la historia, entre la libertad y la necesidad, entre el conocimiento y la voluntad espontánea. *El hombre mediocre*, obra representativa de la etapa, demuestra que Ingenieros está lejos de una ruptura con el pensamiento y el proyecto liberal, más bien se inclina por fundamentar sus vertientes más reaccionarias. En este sentido, apuesta por criticar el proyecto de clase media, pero los instrumentos usados para realizar dicha crítica ponen en duda cualquier papel positivo de las masas en la historia. Individualismo, elitismo, idealismo resultan nuevos marcos para la continuidad el socialdarwinismo, el biologismo y el racismo de Ingenieros.

En la tercera etapa renace el choque entre la solución filosófica y el pensamiento político. Si bien *El hombre mediocre* parecía haber eliminado cualquier posibilidad de reaparición de una respuesta revolucionaria a la exacerbación elitista del proyecto liberal, el desarrollo de la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la Revolución Socialista en Rusia cambiaron esta tendencia. Y es que la Revolución de 1917 coloca ante la palestra pública la reaparición de un sujeto que Ingenieros había considerado perdido o inexistente para la acción histórica. La imagen de las masas irracionales, carentes de proyectos y desprovistas de voluntad para imponer sus intereses, es golpeada por las conquistas del gobierno soviético en sus primeros años. Ingenieros reacciona con un conjunto de trabajos de diversa



profundidad sobre el tema de la guerra y la revolución, posteriormente republicados bajo el título de *Los tiempos nuevos*.

En *Los tiempos nuevos* emerge con fuerza la presencia de tesis contrapuestas, de asimétricos niveles de análisis. Por una parte, la lectura en clave idealista, moralista y elitista que interpreta la guerra y la revolución desde los marcos de una supuesta conflagración eterna entre minorías pensantes y minorías conservadoras, estas últimas representativas de una cultura feudal sobreviviente; por otra parte, el enfoque político de corte socialista y marxista que concreta el asunto como choque entre capital y trabajo, entre democracia formal y democracia popular, desplegada en la toma revolucionaria del poder.

En esta etapa se desarrollan, además, el antimperialismo y el latinoamericanismo de Ingenieros, en ellos se percibe el impacto de la Revolución Rusa y el renacer del pensamiento socialista en su producción. Ello no impide que se reproduzcan algunas de sus tesis filosóficas, de tal manera que no coincide la profundidad de la crítica con el capitalismo monopolista y las propuestas de Ingenieros para superarlo, estas últimas privilegian el papel de los intelectuales y de fuerzas morales, representación específica del enfoque aún idealista e individualista que tiene Ingenieros sobre la vanguardia histórica.

Cada etapa del pensamiento de Ingenieros tuvo una forma específica en que se expresaron las cuestiones universales que lo motivaron. Es así como la primera etapa se caracterizó por enfocar el problema como crisis integral del capitalismo y búsqueda de opciones económicas y políticas revolucionarias para superarla; la segunda etapa trajo la exacerbación de la importancia de los problemas del conocimiento y de organización social, acordes con el enfoque científicista, sociológico, psicológico, médico y psiquiátrico que caracterizaba al positivismo. La tercera etapa, por su parte, se centró en el problema del comportamiento moral y el papel de la ética en la instauración de un sistema de normas e instrumentos que permitieran sostener el progreso social, fijando metas y predicciones sobre su futuro. Lo universal en todas las etapas es la búsqueda de determinaciones gnoseológicas, éticas y morales para definir, incentivar o construir el sujeto histórico capaz de transformar la realidad o sumarse a la marcha del progreso humano.

Ahora bien, junto al seguimiento de las transformaciones terminológicas es imprescindible ocuparse del tratamiento dado por Ingenieros a la teoría marxista y socialista. No resulta una novedad el hecho de que Ingenieros tuvo una formación cultural permeada por las inclinaciones paternas hacia el anarquismo y el socialismo. Sus principales biógrafos se refieren a la profusa cantidad de textos de propaganda y



de contenido revolucionario que leyó en su juventud. Su primer trabajo teórico de importancia muestra la asimilación de tesis y categorías propias del socialismo utópico, del anarquismo y del marxismo.

Algunos investigadores, como es el caso de Sergio Bagú (1953), consideran que el socialismo de Ingenieros fue una postura juvenil, sin grandes consecuencias para su obra de madurez, la cual identifican con sus textos morales y sociológicos. Esta tesis es refutada de manera determinante por los trabajos políticos surgidos a raíz de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Socialista en Rusia, los cuales revelan el papel de las concepciones socialistas y marxistas, que reducen considerablemente el carácter idealista de su visión sobre la guerra, interpretada en un inicio como choque entre ideas y minorías intelectuales.

El primer resultado del contacto de Ingenieros con el socialismo es su enfoque sobre las causas de la crisis capitalista de fin de siglo. En sus textos formativos este aclara que dichas causas se encuentran en:

[...] la desigualdad de condiciones existente ante los medios de producción entre dos clases sociales; la una de trabajadores que produce y no consume más que una parte de sus productos, y la otra de parásitos que, dueña de la actual organización política y económica, nada produce y consume los producidos por la de trabajadores (Ingenieros, 1979, p. 127).

Resulta interesante que sus primeros textos muestren una radicalidad que le permite rechazar la tendencia dominante entre los líderes del socialismo en Argentina, quienes tienden a fusionar el socialismo con las concepciones positivistas, especialmente aquellas que conducían a pactar con la opción política reformadora, en detrimento de la acción revolucionaria de las masas y de su partido de vanguardia¹³. La primera etapa de su pensamiento resulta más concreta en su visión del problema argentino y mundial. La mezcla de influencias del anarquismo, el socialismo utópico y las tesis sueltas del marxismo es determinante en este punto.

Ahora bien, si la presencia del socialismo en esta etapa le permite un inusitado nivel de profundidad que supera posturas reformistas, es preciso reconocer las limitaciones de su interpretación. Para comenzar, resalta la visión moralista que permea su perspectiva, la cual provoca que en sus consideraciones sobre el capital y en su análisis del

13. Como señala Bagú (1953), el rechazo de Ingenieros y Lugones a la línea reformista de Justo provocó un fuerte debate y la posterior aprobación de un estatuto que señalaba literalmente: «Serán expulsados del Partido las agrupaciones o afiliados que acepten alianzas con los demás partidos» (p. 27).



vínculo con el trabajo, Ingenieros concentre su crítica en el problema de las actitudes y cualidades individuales en el proceso de producción. El hecho de que la clase dominante esté compuesta por parásitos que manipulan las relaciones productivas para colocarse en lugares de privilegio, los cuales no se corresponden con sus acciones ni capacidades, supera en importancia la determinación del capital como una fuerza social mediadora y determinante sobre las relaciones individuales, las aptitudes y acciones específicas de cada grupo humano. Es una fuerza social que no solo deforma las relaciones individuales y la libre competencia entre las personas, sino que se enfrenta contra el carácter colectivo de producción, la distribución, la propiedad y el consumo. En otras palabras, Ingenieros se interesa más por el papel de las características de los individuos que concurren a la producción que por la determinación histórico-social (clasista) de la propia actividad productiva.

En este punto, Ingenieros reproduce la visión del socialismo utópico que se concentraba en el carácter parasitario, alienado, que presentaban las clases dominantes en el feudalismo y en la etapa de tránsito de este hacia la sociedad burguesa. El análisis del conflicto principal, si bien define correctamente a sus agentes específicos, se torna confuso en el estudio de sus fundamentos económicos y materiales. Las categorías de *productor* y *parásito* muestran cómo Ingenieros aplica una visión en la cual grandes sectores de la burguesía pertenecen al grupo de los productores, sobre todo aquellos que mantienen un papel en la actividad industrial, agrícola e intelectual, quedando el núcleo de la *clase parasitaria* en la burguesía comercial y financiera, así como en los restos de las aristocracias feudales.

En estas afirmaciones se percibe la permanencia de la imagen liberal, conservada por sectores inferiores y medios de la burguesía, sobre la existencia de relaciones naturales de competencia entre los individuos, las cuales se suponen capaces de regular la producción satisfactoriamente y solo consideran necesaria la intervención de la sociedad en lo tocante al problema de la propiedad sobre los medios para producir.

La fuerza de los principios liberales en el esquema de Ingenieros se pone de manifiesto en la defensa que realiza del derecho del individuo a apropiarse de los frutos íntegros de su esfuerzo, derecho que aparece como límite infranqueable para cualquier proyecto social transformador. Quitándole al individuo productor la libre disposición del producto de su trabajo –alerta Ingenieros en este sentido–, se comete el más vergonzoso de los atentados contra la libertad individual,



base granítica de la solidaridad colectiva. A la opresión del burgués o del capitalista se sustituye la opresión de la comunidad significativos (Bagú, 1953, pp. 139-140).

El socialismo continúa sufriendo adaptaciones y deformaciones en la obra de Ingenieros, en especial la teoría marxista es fuertemente manipulada por los registros de la teoría liberal. Sobre el contacto de Ingenieros con el marxismo se ha impuesto el criterio de que se trata de una asimilación de segunda mano y sin impactos¹⁴. Sin embargo, la persistencia del choque entre tesis revolucionarias y concepciones liberales se debe, entre otras condiciones, a la permanencia de elementos no despreciables del acervo marxista.

En principio, trabajos como *¿Qué es el socialismo?*, junto a los artículos publicados en *La Vanguardia* y *La Montaña*, muestran que Ingenieros utilizó textos como el *Manifiesto Comunista*, *Miseria de la filosofía* o *Cómo se hace hoy la revolución*, este último de Engels. Igualmente, sus textos compilados en *Los tiempos nuevos* demuestran su comprensión de ideas y posiciones del pensamiento marxista y leninista presentes en la prensa soviética de la época, ya que Ingenieros accedió a estos materiales en pleno apogeo de Lenin como estrategia fundacional del Estado soviético.

A pesar de la precariedad de sus fuentes, el uso sistemático del enfoque marxista sobre el modo de producción social, las nociones sobre la plusvalía y el plustrabajo –muy superiores a las alcanzadas por el pensamiento liberal del momento– junto a consideraciones sobre la necesaria extinción del Estado como paso necesario para superar al capitalismo, demuestran la importancia de tesis del marxismo clásico en sus análisis.

Por otro lado, es innegable la fuerte presencia de una lectura economicista en el pensamiento de Ingenieros. La mayoría de los investigadores consideran que esta es la única tendencia en su interpretación del marxismo, cuando en realidad hay momentos libres de economicismo en la primera y en la segunda etapa de su obra.

Se suele achacar la culpa de la deformación economicista en Ingenieros a su lectura de obras de Aquiles Loria. Esta desviación tiene raíces más amplias en Ingenieros, ya que para fundamentar su postura este se apoya en una rica gama de autores provenientes de la sociología, la filosofía y la historiografía de la época. Utilizó, sobre todo, la

14. En este sentido, Bagú (1953) se refiere al hecho de que en Argentina nadie había tenido, en ese momento, un trato frecuente con la obra de Marx y Engels, a lo que este autor suma la tendencia de Ingenieros a interpretar el marxismo desde el enfoque de Aquiles Loria, conocido representante del economicismo.



concepción evolucionista, el industrialismo, las nacientes teorías sobre la psicología de masas, incluso, la corriente revisionista europea impulsada por Berstein. Estas fuentes desfilan en las citas y referencias directas en la segunda etapa de su obra, en la cual Ingenieros intenta probar la superioridad del socialismo positivo, de corte científicista, economicista y evolucionista, con respecto a las tesis revolucionarias del marxismo clásico.

No fue la vertiente economicista la única interpretación del marxismo realizada por Ingenieros. En sus trabajos sobre la Revolución Rusa y sobre problemas latinoamericanos, desarrollados en la última etapa de su obra, hay presencia de ideas y concepciones directamente asimiladas de los enfoques que presentaban los líderes soviéticos. Las figuras de Lenin, Lunatcharsky, Máximo Gorki, así como las comunicaciones del Gobierno son seguidas con atención por Ingenieros. No se trata de un marxismo estructurado y consecuente, sino de concepciones sueltas que, a pesar de ello, tienen gran impacto en sus ideas.

Se toma como referencia el problema del sujeto histórico que en la segunda etapa de su obra había enfrentado desde un enfoque filosófico, desde el cual pretendía resolver la cuestión a partir del vínculo entre una masa inculta, manipulable, apenas objeto de la historia y las minorías intelectuales. A medida que se radicaliza la experiencia soviética, Ingenieros retoma la importancia del papel de las masas organizadas, en tanto productores y actores de toda la vida social. La penetración del marxismo en la última etapa del pensamiento de Ingenieros le permitió retomar el enfoque de las contradicciones nacionales y mundiales como lucha de clases, como enfrentamiento concreto de regímenes políticos separados radicalmente por la forma en que se relacionaban con el trabajo colectivo, por las vías concebidas para dar participación a las mayorías, por la organización económica y cultural de la sociedad. En este sentido logra distinguir la socialización de la actividad productiva en un socialismo consecuente y la «falsa socialización» contradictoria y limitada en los estados capitalistas avanzados. Estas perspectivas contrastan con su visión *filosofante*, que concebía a la revolución como el choque entre minorías pensantes y conservadoras, entre castas feudales y modernas.

El marxismo y las concepciones socialistas le permiten a Ingenieros descubrir las bases materiales del imperialismo, dadas en los procesos de concentración productiva, en la acumulación y el consumo dirigidos por grandes empresas y países. En definitiva, el



vínculo entre imperialismo, burguesía y Estado democrático formal es retomado gracias a su retorno a estas tesis.

Desde los esquemas del positivismo biológico que identificaba el conflicto social con la lucha por la vida, desde pragmatismo encerrado en la importancia de las creencias útiles para la acción o desde la Filosofía de la Vida, ocupada en categorías que clasificaban a los sujetos según arquetipos biológicos y morales, Ingenieros había sistematizado su rechazo a la actividad política en tanto terreno de simulación, ámbito del «hombre mediocre», apenas instrumento de la ciencia desideologizada para materializar sus estrategias. Son los registros teóricos del pensamiento socialista y los elementos del marxismo, respondiendo a procesos históricos ya mencionados, los que le permiten a Ingenieros recuperar la importancia de lo político como espacio de análisis, terreno para el despliegue de las fuerzas y proyectos sociales, campo de materialización de las ideas y sueños humanos.

Ciertamente, persiste en su obra una dicotomía entre la sociedad civil de los intelectuales y de las tradiciones culturales y la superestructura política creada por el capitalismo. Ingenieros propone en *Los Tiempos Nuevos* una solución basada en las potencialidades de la cultura popular y de las vanguardias intelectuales, fuerzas morales no contaminadas por la política burguesa ni por la política en cualquiera de sus formas. Esta solución resulta interesante, al tiempo que se descubre limitada por las dificultades que encierra la construcción de alternativas al capitalismo desde fuera, desde cierta exterioridad cultural o intelectual con respecto a los procesos políticos. El problema de la toma del poder, en especial el necesario control del Estado o las instituciones gubernamentales de diverso alcance, no es resuelto por la propuesta de Ingenieros, aunque sugiere que un poder comunitario dirigido por vanguardias intelectuales puede presionar y controlar los excesos del Estado liberal existente. Controlar pero no sustituir ni superar. La coyuntura de su época le parece suficiente a Ingenieros para dejar abierto el problema de la toma del poder político.

2. Filosofía en el pensamiento de Ingenieros

La filosofía de Ingenieros se movió entre la hegemonía positivista y la reacción idealista y voluntarista que ocupó posteriormente el protagonismo en el panorama cultural latinoamericano. Sobre el problema del origen y las fuentes teóricas de su esquema filosófico es sólida la tesis de que Ingenieros elaboró su esquema apoyándose en la generali-



zación de datos y las concepciones tomadas de las variantes que el positivismo presentó en ciencias biológicas, en las ciencias médicas, en la psicología, la psiquiatría, o la criminología. La filosofía vino a consolidarse y se vio determinada, finalmente, por sus contactos tempranos y constantes con los sistemas más abstractos del positivismo, el pragmatismo y el voluntarismo, como fueron las teorías de Comte, Spencer, Nietzsche y William James, los que permitieron el encadenamiento constante de sus variadas lecturas, preocupaciones e influencias.

Su esquema filosófico fue un intento por cohesionar posiciones del materialismo ingenuo con el idealismo y del individualismo con las perspectivas economicistas sobre el papel de las instituciones y organismos colectivos en la historia. En su esquema se presentaron, por ello, tensiones entre el científicismo y el voluntarismo, el primero porque lo condujo en algunos momentos a sugerir un papel totalmente contemplativo para los sujetos sociales, concentrados en la figura del científico imparcial; el segundo porque quiso superar dicha imparcialidad con la figura casi mística del hombre superior o característico, determinado por su excepcionalidad volitiva y moral. Estas determinaciones contradictorias se sostienen porque Ingenieros terminó por concentrar en concepciones generalizadoras su interés de crear un cuadro lógico-metodológico y normativo que permitiese fundamentar la unidad nacional, regional y global de grupos y proyectos sociales diversos.

Ello se verifica en su tratamiento a la relación sujeto-objeto y teoría-práctica, que en el caso de Ingenieros adoptan la forma de relaciones entre las hipótesis, la experiencia y el comportamiento empírico de la humanidad. Intentando desarrollar estas problemáticas, Ingenieros parte de la interacción entre la «personalidad consciente» y el medio que rodea al hombre. Su enfoque psicológico se amplía y tiende a metamorfosear el biologismo y el socialdarwinismo hacia otros niveles de expresión.

Si en un trabajo tan temprano como *Simulación en la lucha por la vida* aparece la explicación biologicista de la superioridad del individuo en el progreso vital, el término *experiencia* es el encargado de reproducir ese principio en el marco de la producción espiritual. Dicha experiencia, si bien surge a partir de las interacciones fisiológicas entre la conciencia y el medio, al constituirse como «personalidad consciente» se convierte, desde el punto de vista de Ingenieros, en la realidad que identifica al hombre como sujeto¹⁵. Este sistema de

15. «Las excitaciones no son conscientes cuando no son relacionadas con la experiencia precedente [...] son conscientes, es decir, son sensaciones, cuando son relacionadas a esa personalidad, cuya experiencia es conservada y sistematizada por la memoria» (Ingenieros, 1913b, pp. 112-113).



impresiones guardadas a nivel individual constituye la personalidad, a nivel social representa la conciencia colectiva y a nivel filosófico se identifica con el sujeto general del conocimiento.

Las contradicciones de este enfoque aparecen cuando Ingenieros trata de definir el papel del componente subjetivo en los cambios de todo el sistema de relaciones entre el sujeto y la realidad. Aquí se revela su inclinación a otorgar un papel fundamental a la «síntesis», a la transformación que realiza el pensamiento individual sobre las tendencias de sus interacciones con el medio. El problema de la experiencia individual da paso al problema de la experiencia histórica, con la peculiaridad de que, en ambas cuestiones, su esquema presenta similares dificultades para desarrollar una concepción concreta sobre el papel de la producción material en este proceso. Ingenieros reproduce una visión unilateral de la actividad humana en la cual el polo determinante recae sobre el elemento subjetivo o proceso de desobjetivación tanto del mundo físico como de las propias normas de la experiencia colectiva. Ponce (1957), desde una valoración positiva de este proceso, señalaba que el interés de Ingenieros por sobreponerse a la perspectiva descriptiva coincide con una concepción en la que la ciencia es «coordinación: no junta sino relaciona [...] Todo progreso efectivo ha surgido, siempre, de una aproximación inesperada» (p. 31).

La existencia de este proceso en la obra de Ingenieros, aunque no en igual medida a los resultados positivos que le atribuye Ponce (1957), se comprueba al analizar lo que Terán (1973) ha considerado como «crecimiento de la noción del ideal». En este punto, en el interior de la personalidad y de la cultura, Ingenieros presume la existencia de dos principios abstractos, de los cuales uno se identifica con la formación de reflejos pasivos, mientras que el otro, en este caso la imaginación, se ocupa de transformar las normas que rigen la realidad.

Es fácil advertir –apunta Ingenieros– que el problema puede traducirse en términos lamarckianos, reduciendo el progreso de una sociedad a «una lucha de la variación contra la herencia». En términos de psicología, el contraste sería entre la memoria y la imaginación, entre la rutina y la originalidad (Ingenieros, 1913b, p. 212).

En *El hombre mediocre* aparecen otras implicaciones de esta postura. En este texto la «imaginación creadora» no solo es capaz de descubrir las relaciones objetivas presentes, sino que puede anticiparse y crear relaciones que aún no se han establecido. «La ima-



ginación es madre de toda originalidad; deformando lo real hacia su perfección [...] tiene, prácticamente, el valor de una realidad» (Ingenieros, 2001, p. 9).

Para Ingenieros las transformaciones sociales dependen del trabajo de la imaginación y de la producción de hipótesis. El ideal que siempre es una hipótesis tiene su criterio de veracidad *a posteriori* cuando se convierte en hecho. Pero en *El hombre mediocre* insiste en las capacidades transformadoras intrínsecas de los ideales, los que al chocar con la realidad presente se convierten en una «sana levadura del porvenir». Este texto intenta demostrar que existe una veracidad de carácter *a priori* que legitima los ideales, en tanto estos resultan ser elementos transformadores que contrastan con el estancamiento de los hechos. «Experiencia e imaginación siguen vías paralelas, aunque va muy retardada aquélla respecto de esta. La hipótesis vuela, el hecho camina» (Ingenieros, 2001, p. 9).

El *hombre mediocre* marca un momento de inflexión del que no retorna Ingenieros en toda su obra. Este consolida las soluciones individualista e idealista de las problemáticas relacionadas con las contradicciones entre la teoría y la práctica, entre el individuo y la sociedad, otorgando un carácter determinante al individuo y a su actividad intelectual. Según Ingenieros (2001), el «alma social es una empresa anónima que explota las creaciones de las mejores “almas individuales”, resumiendo las experiencias adquiridas y enseñadas por los innovadores» (p. 38). El darwinismo social, el evolucionismo y el biologismo confluyen en este esquema para fundamentar un rechazo a cualquier estrategia basada en principios de igualdad política.

Consolidado el esquema filosófico con las soluciones individualistas, idealistas y voluntaristas, estas solo se ven minimizadas por la irrupción de procesos traumáticos como la Primera Guerra Mundial y la Revolución en Rusia. No obstante, la filosofía de Ingenieros estuvo lejos de colocarse a la altura de la complejidad que presentaban dichas realidades, por lo que su permanencia permite el recrudescimiento de sus contradicciones con respecto al alcance de sus análisis políticos. Sobre todo resalta la comprensión a la que llega Ingenieros sobre los fundamentos económicos y estructurales del imperialismo con la solución extra económica y política que propone para enfrentarlo. La internacional del pensamiento, las fuerzas morales y las alianzas intelectuales no definen con claridad los caminos para enfrentar el peso de los proyectos hegemónicos de la producción monopolista, la cual, si bien fabrica una indisoluble unidad de fines entre la industria cultural y la dependencia mercantil y económica, no puede ser superada por



procesos culturales desvinculados de opciones políticas concretas.

En cuanto al intento de síntesis entre el pensamiento liberal y los registros teóricos del movimiento revolucionario mundial, en especial con el marxismo y el socialismo, el resultado fue el mismo que el arrojado por intentos similares en latitudes europeas: el esquema salido de este esfuerzo fue el *socialismo positivo* como otra expresión nada *sui generis* de la tendencia revisionista, la cual trocó la propuesta dialéctica sobre la superación del capitalismo en una gris postura metodológica, interesada en la imposible tarea de humanizar y reformar a este sistema. Por diferentes caminos llegó en la obra de Ingenieros la imbricación del positivismo y el marxismo al mismo destino: la deformación del pensamiento revolucionario y la pérdida de su filo crítico.

Discusión

El pensamiento de Ingenieros se vio unificado por el problema de la determinación del sujeto histórico capaz de transformar la sociedad de su época, de solucionar la llamada cuestión social. Este problema lo impulsó a transitar de la teoría política al esquema sociológico y médico para, finalmente, estabilizarse como teoría filosófica sobre el papel de los ideales y de la moralidad en el desarrollo humano. En la base de su movimiento teórico está el reconocimiento del carácter antagónico y crítico del proyecto burgués nacional y del capitalismo mundial. Las sucesivas crisis que impulsaron a este esquema se expresaron como procesos de autodescubrimiento de limitantes teóricas y como percepción de la debacle colectiva de distintas expresiones del proyecto liberal y de las opciones revolucionarias o reformistas que lo disputaban, lo que se plasmó en tránsitos y simbiosis conceptuales entre el positivismo y otras corrientes. La salida formal a esta crisis fue el desarrollo de la filosofía.

Dicha filosofía o *idealismo fundado en la experiencia* expresa la incapacidad de Ingenieros para lograr una respuesta dialéctica para las contradicciones conceptuales y políticas del momento desde especialidades específicas como la psicología, la sociología y la criminología, lo que lo inclinó a buscar en la filosofía la respuesta no lograda. Por su parte, el contacto temprano y sistemático con los esquemas generalizadores del positivismo de Comte y sobre todo de Spencer, así como su apertura a la reacción espiritualista y voluntarista de la Filosofía de la Vida, del pragmatismo y el empiriocriticismo, determinaron su tránsito hacia la problemática filosófica. Por su nivel de abstracción,



las corrientes filosóficas ofrecían un instrumental para unir la diversidad de corrientes del pensamiento liberal y para intentar una respuesta más ambiciosa que incluyese al pensamiento socialista y marxista.

El condicionamiento social para el desarrollo de un esquema filosófico mediador, intento de síntesis entre posiciones diversas del pensamiento liberal posclásico y tesis sueltas del pensamiento revolucionario, fue el proyecto ideológico encaminado a expandir y popularizar una cultura de «clase media». Esta cultura debía servir de freno para la radicalización del pensamiento y de la actividad de las mayorías.

Como componente de esta teoría mediadora, la solución filosófica desarrolla la concepción del individuo como creador y como modelo de las relaciones sociales, ya sean de tipo económico, moral, político o cognoscitivo. La aparente dialéctica entre la personalidad y el medio, entre las aptitudes y la educación, entre la cultura colectiva y las creaciones individuales, se reduce a una relación entre el sujeto individual y la objetivación de sus cualidades. Las obras de Ingenieros sobre el papel de las minorías ilustradas, de la juventud y de los ideales quedan alejadas de una teoría dialéctica sobre la vanguardia revolucionaria, en la medida en que no logran esclarecer las conexiones concretas entre los líderes, el partido y el sujeto colectivo, sino que buscan crear el sujeto histórico como *alter ego* de los individuos extraordinarios. Los componentes de su trilogía de la moral extrapolan el papel de la actividad intelectual en la historia. Las vertientes científicistas, individualistas o moralistas de su utopismo no logran aprehender los problemas reales de los sujetos en la etapa.

No deben confundirse los análisis políticos de corte marxista y socialista con la obra teórica total de Ingenieros. Esa totalidad estuvo dominada por la estructuración del *idealismo fundado en la experiencia*, en definitiva simbiosis entre positivismo y la reacción espiritualista-voluntarista, pero esta hegemonía filosófica no eliminó la diversidad conceptual ni borró la desigualdad en el nivel de concreción de las distintas expresiones de la producción intelectual de Ingenieros. En definitiva, esta producción se desarrolló como una totalidad contradictoria, sistema de ideas en el que no se consolidaron las soluciones dialécticas, sino en espacios de desigual profundidad; en ellos la teoría capaz de aprehender la raíz y las posibles soluciones a sus conflictos se mantuvo dispersa. La filosofía, por su parte, quedó muy por debajo de los retos que planteaba la problemática en torno a las relaciones entre el pensamiento y la práctica; sobre todo, fue ineficaz a la hora de responder al desarrollo de la conciencia de sujetos históricos revolucionarios ya presentes en procesos sociales



como el movimiento obrero argentino, las luchas de los trabajadores agrícolas o las vertientes más avanzadas de la reforma universitaria.

A tono con las tendencias generales de su producción, el pensamiento socialista y marxista en Ingenieros no logró el mismo nivel de sistematicidad que el esquema filosófico. El primero se ve sometido a un fuerte proceso de manipulación al insertarse en los esquemas positivista y espiritualista. De esa manera, existen vertientes de socialismo utópico, pequeño burgués y de socialismo marxista en su pensamiento. En cuanto a la presencia más específica del marxismo en Ingenieros, este no se redujo a la deformación economicista y las distintas gamas del revisionismo: hubo espacios determinantes en las primeras y últimas etapas de su obra que permitieron el despliegue de concepciones del marxismo clásico. Los enfoques sueltos de la teoría marxista sobre la contradicción capital-trabajo, la plusvalía, la lucha de clases, la revolución y el Estado superaron ampliamente a la teoría liberal que predomina en el resto de sus textos. Por otro lado, siempre que sus provechosos acercamientos a la ideología, a la actividad y al pensamiento revolucionario se interpretaron o adaptaron al esquema filosófico, el resultado fue la pérdida del carácter dialéctico y crítico de la teoría.

Al abordar la obra de Ingenieros se revela que los estudios existentes han utilizado presupuestos metodológicos que privilegian sus cambios formales, las críticas y superaciones terminológicas en detrimento de la consideración del vínculo entre sus teorías y la actividad práctica de los grupos humanos. Partiendo de las determinaciones abstractas –presentes en el choque positivismo-espiritualismo, modernismo-rezagos del pensamiento feudal o del liberalismo más agresivo–, explicar el movimiento sustancial del pensamiento de este intelectual argentino resulta solo un momento del proceso de investigación.

Para superar las limitantes de dicha perspectiva es necesario profundizar en los cambios universales de contenido que afectan al pensamiento en Latinoamérica. Un principio impostergable sería el descubrimiento de las mutaciones concretas de la producción cultural de acuerdo con su relación con las fuerzas sociales que las elaboran. Se propone con ello incluir, como momento decisivo en los estudios del pensamiento, el análisis del vínculo formacional de la producción filosófica con la actividad, el pensamiento político y las problemáticas del sujeto histórico. Estas últimas aparecen hoy como asuntos colaterales y en el mejor de los casos se sitúan en los trabajos altamente especializados. Más que estudiar el pensamiento político, estético, filosófico y ético como unidades cerradas lógicamente, se trata de valorarlas en



sus conexiones sustanciales con la producción social, con los proyectos históricos y concretos de los grupos sociales latinoamericanos.

Por su parte, la función global progresista del positivismo aceptada por muchos investigadores, entre los que se destacan Leopoldo Zea (1980)¹⁶ y Mario Magallón (2009)¹⁷, necesita de importantes precisiones. Junto al imperativo ya anunciado por Ricaurte Soler (1959) de profundizar en lo diverso y específico dentro de esta corriente¹⁸, es imprescindible concretar las conexiones del positivismo con problemáticas que superan el mero tratamiento a sus posturas sobre la ciencia, la religión o la cultura escolástica superviviente. La respuesta conceptual del positivismo al problema del sujeto histórico en pleno proceso de modernización capitalista, como fue el caso del despliegue de esta corriente en Argentina, no siempre cumplió con la mencionada función progresista. El despliegue desigual de este asunto en la obra de José Ingenieros es un ejemplo que demuestra la necesidad de precisar valoraciones generales en relación con sus determinaciones particulares.

Junto a la necesidad de cubrir las especificidades de autores y contextos, se impone la exigencia de profundizar en la unidad presente entre las respuestas filosóficas positivista y espiritualista, que se inclinaron a identificar al sujeto histórico con los científicos e intelectuales, en el mejor de los casos con los sistemas educativos y las instituciones culturales, mientras los movimientos obreros y de carácter popular resultan relegados a un papel excluible o subordinado. Salvando las posibles distancias entre autores, la función global progresista otorgada por investigadores a la teoría y filosofía positivista minimiza la función deformadora del positivismo en su relación con el conjunto incipiente de ideas revolucionarias provenientes del marxismo y del socialismo. Manifestación palpable de esta función deformadora, no coincidente con el enfoque progresista ampliamente aceptado, la constituye el socialismo positivo que en autores como Juan B. Justo y José Ingenieros mostró los efectos reales de la adaptación del socialismo a la teoría positivista.

16. «El positivismo en sus diversas expresiones llegaría a los latinoamericanos empeñados en reconstruir una historia que pudiesen llamar propia. Una historia que encontrará en el positivismo la justificación del empeño para el cambio, que se pretendía total, de estructuras que les habían sido impuestas [...]. Una realidad que la filosofía de la historia positivista mostraría como una etapa que necesariamente tendría que ser rebasada» (p. XXVI).

17. «De esta filosofía positivista los países de América Latina se sirvieron para combatir los lastres del colonialismo y pretendió ser la doctrina filosófica que remplazaría la escolástica» (p. 211).

18. «Engloba no solamente el agnosticismo spenceriano y el comptismo ortodoxo [...], el positivismo engloba también el científicismo [...]» (p. 18).



Referencias

- Alba, V. (1964). *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México: Editorial Limusa Wiley S. A.
- Bagú, S. (1953). *Vida ejemplar de José Ingenieros*. Buenos Aires: Editorial Librería El Ateneo.
- Barandela Alonso, C. (1995). *Las concepciones filosóficas y sociológicas de José Ingenieros* (tesis doctoral). Instituto de Filosofía, La Habana.
- Borón, A. (2003). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Germani, G. (2010). La movilidad social en Argentina. En: C. Mera & J. Rebón (Coords.): *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada* (pp. 260-314). Buenos Aires: CLACSO.
- Guadarrama González, P. (2008). *Pensamiento filosófico latinoamericano: humanismo vs. Alienación*, II t. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana.
- Ingenieros, J (1913a). *Sociología argentina*. Madrid: Daniel Jorro Editor.
- Ingenieros, J (1913b). *Principios de psicología biológica*. Madrid: Daniel Jorro Editor.
- Ingenieros, J. (1979). *Antimperialismo y nación*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Ingenieros, J. (2001). *El hombre mediocre*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Magallón, M. (2009). El positivismo. En: E. Dussel, E. Mendieta & C. Bohórquez (Eds.). *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y latino, (1300-2000): historia, corrientes, temas y filósofos* (pp. 211- 223). México: Siglo XXI Editores.
- Martínez Díaz, N. (1988). *Hipólito Yrigoyen. El radicalismo argentino*. Madrid: Ediciones Anaya.
- Marx C. (1979). *Miseria de la Filosofía*. Moscú: Editorial Progreso.
- Peña, M. (1973). *Masas, caudillos y élites, la dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: Ediciones Fichas.
- Ponce, A. (1957). *José Ingenieros su vida y su obra y Educación y lucha de clases*. Buenos Aires: J. Héctor Matera Editor.
- Poy, L. (2010). *Tu quoque trabajador? Agitación obrera en Buenos Aires (1888-1889)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales.



- Rossi, L. A. (1999). Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina (Introducción). *Revista de Filosofía, Cultura-Ciencias-Educación* (edición facsimilar), pp. 13-62. Bernal: Unqui. Recuperado de <http://unq.academia.edu/LuisRossi>.
- Schaff, A. (1994). *El marxismo a final de siglo*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Soler, R. (1959). *El positivismo argentino: pensamiento filosófico y sociológico*. Panamá: Imprenta Nacional.
- Terán, O. (1979). Ingenieros o la voluntad de saber (estudio preliminar). En: J. Ingenieros. *Antimperialismo y nación*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Zea, L. (Ed). (1980). *Prólogo. En: Pensamiento Positivista Latinoamericano I* (pp. IX-LII). Caracas: Ayacucho.
- Maturana, H. (1997). *La violencia en sus distintos ámbitos de expresión*. Santiago de Chile: Ed. Dolmen.
- Michaud, I. A. (1978). *Violence et politique*. Paris: PUF.
- Nussbaum, M. (2012). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz.
- Sloterdijt, P. (2003). *Normas para el parque humano*. Madrid: Siruela.
- Unesco (1981). *La violencia y sus causas*. París.
- Zapata, G. (2011). La fuerza política de la palabra. En J. Álvarez (coord.). *Filosofía y ética*. Bogotá: Ed. Universidad Libre.